

F. Fraenza, L. García y P. Moyano (eds.), *Montajes. Arte, filosofía y psicoanálisis en la encrucijada*, Córdoba, Editorial Brujas, 2015.

Franca Maccioni - Javier Martínez Ramacciotti

Clac, Clac, Clac/ hacen los huesos / relampagueantes del futuro
M. Gambarotta

Hace poco más de 20 años, y en su intento de pensar la poesía de Whitman, Deleuze deslindaba dos formas de experiencias respecto del Todo y el fragmento que eran, a su vez, dos modos de intervenir en el mundo, en la historia y el arte. Los europeos, por una parte, tendrían un sentido innato de la totalidad orgánica y su tarea sería la de conquistar el sentido del fragmento y sólo pueden hacerlo por medio de una reflexión trágica o una experiencia del desastre; los norteamericanos, por la otra, cargarían un sentido natural del fragmento y lo que tendrían que conquistar es el sentimiento de la totalidad, de la composición hermosa. Nos encontramos, hoy, acá, en la intersección de estas dos formas de experiencia, entre nuestra herencia europea y el despliegue global de lo americano, entre la experiencia trágica y la búsqueda de la composición hermosa; Latinoamérica quizá sea el nombre de ese clivaje ambiguo, de esa encrucijada, y el espacio en el que haya que intervenir para radicalizar los puntos de articulación de estos dos modos de acceso al presente que Deleuze presentaba disyuntos. *Montajes. Arte, filosofía y psicoanálisis* se hace cargo de esa tarea y es por ellos un libro atravesado por las figuras del pliegue, de lo doble, de la fractura y el encastre, tal como lo es el concepto clave sobre el que giran los escritos ahí reunidos. En efecto, cada montaje es, al menos, doble, polar, escindido en su estructura. Es al mismo tiempo un procedi-

miento de composición artística y un principio de inteligibilidad, un dispositivo de pensamiento que excede, incluso, el ámbito de las artes. Este libro traza ese desplazamiento, acompaña la migración del término exponiendo, al mismo tiempo, su productividad para pensar las modificaciones en el transcurso de la historia de las prácticas artísticas, así como también las apuestas singulares y sus contribuciones inéditas en la escena del arte contemporáneo. Pero no sólo eso. Profanado del horizonte específico de emergencia del término, el montaje ocupa en este libro una posición de pensamiento y lectura privilegiada que atraviesa y tensa los límites del saber y sus especificidades, despejando el espacio para la producción de conceptos impensables, acaso, sin su aporte.

En esta coreografía doble del montaje, se trata en todos los casos, sin embargo, de sostener el frágil pero obstinado enlace entre estos dos momentos. Cada uno de los artículos que lo componen ensaya modos de sostener este vínculo entre un pensamiento del montaje y un pensamiento por montaje. El arte, la filosofía y el psicoanálisis, se piensan, entonces, en esa encrucijada. O, mejor, cada montaje no es sólo doble, no solo piensa la encrucijada, sino que es en sí mismo una encrucijada.

Pero ¿qué significa pensar *en* la encrucijada, *ser la* encrucijada? ¿Y qué significa eso *hoy, aquí*? Este libro no cesa de insistir en que el montaje apela a la colisión de temporalidades discontinuas que sin embargo comparecen en su *actualidad*. En este sentido nada mejor que pensar el aquí y el ahora del montaje remontándonos a la tragedia griega y, en ella, a una imagen recurrente: aquella del cruce de caminos y la decisión. Sabemos que en la tragedia se haya siempre un punto crítico en el que un personaje se encuentra en una disyunción de caminos donde acontece el acto decisivo que funda la historia y la acción del relato en cuestión. Estar en la encrucijada, ser en la encrucijada, es, por ello, estar en una situación de peligro en la que indefectiblemente se efectúa una decisión, un Acto, siempre, al mismo tiempo, sostenido en el desfondamiento de las razones e instituyente de otros campos de posibles. Por eso, quizá, se trata siempre de un acto, a la vez, subjetivo y al borde de la locura que pone en cuestión ambas instancias; un acto que interrumpe la soberanía del sujeto y de la decisión. Un acto sin orillas, podríamos decir, ya que el montaje, en

tanto encrucijada, es siempre la respuesta al acoso de la situación de peligro, y la apertura al instante de salvación posible no se cifra (solamente) en la voluntad o arbitrio del artista, pensador, o sujeto cualquiera.

Pero entonces, ¿qué es lo que resulta del Acto que es el corazón vacío del montaje? Así como en la tragedia el suceso ocurrido en el cruce de caminos funda la estructura del relato en tanto historia, así también el montaje como acto en la encrucijada es una decisión sobre lo real, el saber, el arte y la historia. Es decir, el montaje no sucede en lo real, en el saber, en el arte y en la historia solamente, sino que le sucede a lo real, al saber, al arte y a la historia, recomenzándolos en un golpe de dados, cada vez.

En este libro, *arte, filosofía y psicoanálisis* no sostienen una cómoda interdisciplinariedad que dejaría inmune cada uno de sus campos específicos y sus procedimientos. Puestos en encrucijada por el montaje, puestos en la encrucijada que *es* el montaje, cada una de estas disciplinas es conducida a su punto singular de delirio, es decir, puesta fuera de surco. De este modo, alejadas de su imperativo de reconocimiento en nombre del imperativo de aventura, es posible encontrar en ellas una potencia de renovación, de salvación de lo creado, para decirlo con Agamben. Este libro confirma en acto que es posible otorgar por el montaje una chance de sobrevida a las disciplinas en el momento de su agotamiento disciplinario.

Pero insistamos, entonces, en la imagen. Si el montaje es, siempre, una encrucijada para su época o una puesta en encrucijada de la época, ¿cuál sería, entonces, nuestra encrucijada? Comencemos advirtiendo que la nuestra ya no puede tener el sentido que tuvo, acaso, para Edipo ese extemporáneo. Porque si aún conservamos el pathos de la tragicidad, es a condición de haber perdido el sentido de la tragedia, su posibilidad de salvación del sentido por la catarsis y de la restitución de la identidad tras la catástrofe. Quizás por eso, para nosotros, por primera vez, la encrucijada se expone en tanto que tal, sin garantías y, por ello, efectivamente trágica. Una encrucijada no crucificada en el sentido (esto es, no estaqueada, no simbolizada, no salvada por ninguna significación ulterior); una encrucijada profana, digamos y, por eso, devuelta al uso común. A un lado y otro del camino disyunto se expone, hoy, una misma imposibilidad para la sin-

gularidad inequivalente. Sea por la continuidad del camino moderno y su unificación teleológica, identitaria y representacional, sea por la continuidad soterrada que oculta en nuestros días la equivalencia general en la proliferación de pequeñas diferencias resistentes a la relación, el acto se encuentra expropiado por una elección que no se sostiene en la diferencia. Situados allí, entonces, en la encrucijada frente a la modernidad, el montaje menta por un pensamiento de la discontinuidad y la contradicción de lo real; frente al fetichismo de las particularidades, opone en cambio un pensamiento de las relaciones y del desclausuramiento del autismo liberal de los saberes.

Entre dos formas de parálisis, entre la disciplina y el control, entre la cárcel y la empresa, entre El Todo y la metamorfosis anárquica, el montaje sería el nombre de un deber y una promesa; ya no sólo de un procedimiento técnico ni siquiera de un dispositivo de pensamiento. Deber de saber estar a la altura de las encrucijadas, deber de atender a la constelación de puntos ciegos en los que la época se abisma y desfonda, y efectuar ahí el acto, la configuración de acontecimientos que hace el movimiento por el que todo se relanza, sin culpa ni causa, nuevamente. El montaje sería el nombre de este lugar vacío entre dos formas de clausura a la diferencia pero que en tanto lugar vacío de resistencia es inmanente a la época; es, para decirlo de otro modo, el punto ciego de la época. “Hay un punto en que la sangre es una filiación cualquiera”, reza un verso de Martín Rodríguez. Y, podemos agregar, hay un punto, este punto ciego, en que todas las filiaciones son filiaciones cualesquiera, enlaces sin presupuestos, alianzas que ensayan la prefiguración de comunidades por venir, secuencias de discontinuidades que hacen un movimiento en dirección al movimiento. Y allí entonces, de lo que se trata, en última instancia, es de producir una diferencia compuesta, composibilitada; una singularidad inequivalente que, por ello, se resiste a la valorización del valor y a la apropiabilidad del régimen equivalencial del capitalismo actual.

Una imagen, en suma. Esa es su promesa. Una imagen, la imagen de una comunidad de extraños habitando en una temporalidad mestiza y comunicándose en todas las lenguas sobre el fondo de la vacancia de toda herencia, o lo que es lo mismo, teniendo como única herencia las hilachas

flotando en el aire de las filiaciones cualquiera. Esa es, quizás, la imagen que nos devuelve este libro. La imagen-montaje que desclausura facultades poniendo en relación personas, instituciones y epistemologías que nada llamaría a cruzarse. Este libro exhibe la difícil convivencia, la tensión interna, la discontinuidad de todos esos operadores. Este libro *es*, en ese sentido, una diferencia compuesta, una singularidad inequivalente, quizás, una encrucijada, tal vez un punto ciego de la academia. Una configuración de acontecimientos y encrucijadas que desafían la huelga generalizada de eventos y decisiones; en suma, “una victoria de la vida sobre la muerte, puesto que –como dijera Deleuze– no hay más vida que aquella que conecta y hace converger entornos”.

En resumen: un Acto. “El acto es la razón [...] cada vez que se instauran relaciones humanas en una materia cualquiera, en un conjunto cualquiera, en una multiplicidad cualquiera”, para decirlo nuevamente con Deleuze. Una relación siempre política que prolonga “una singularidad hasta el entorno de otra, a fin de producir una configuración de acontecimientos, es decir, el conjunto más rico o más consistente posible”. Actualizar una potencia, devenir activo, producir una relación, prolongar singularidades, *es* decidir; es, en suma, hacer el movimiento. *Montajes*, este libro, es entonces un acto que hace el movimiento y expone, a la vez, los medios para continuarlo.